

TRABAJOS ORIGINALES

BAJO EL SIGNO DE ESCULAPIO*

DR. CARLOS VEJAR LAGAVE

EN PRIMER término debo pedir perdón a esta H. Academia por traer a su consideración no un trabajo científico como es costumbre, sino unas páginas espigadas de mi libro en prensa: "Bajo el signo de Esculapio", que estará dedicado a esta Institución en el año de su Centenario.

La tarea creadora de nuestras vidas trasciende la duración de la existencia, influye sobre las generaciones futuras y guía la aventura humana sobre el planeta. Mil vicisitudes se oponen al cumplimiento de tan alto destino, entre ellas el dolor y la muerte; la especie marcha dejando el sendero húmedo de llanto y sembrado de cadáveres.

Como legionarios de la salud son éstos nuestros enemigos, y los combatimos tenazmente cada vez con más valiosos recursos, hasta tener la ilusión de que un día nos rendirán sus armas. Soldado de la última fila, he querido dejar en estas páginas una crónica de mi modesta aportación en la dura pelea, para que mis limitados conocimientos y mi ya larga experiencia puedan servir a los que habrán de reemplazarnos en la noble cruzada.

A través de un haz de casos clínicos quiero mostrar cómo ejercemos nuestra profesión en la realidad cotidiana, nuestros afanes, nuestras fatigas y nuestras realizaciones. Confieso que al escribirlos hubo momentos en que pensé desistir de mi propósito, porque en ellos dejé jirones de mi ser afectivo y revivirlos me hace daño, pues la actividad médica mantiene nuestro sistema nervioso como un arco con la cuerda tendida. Unos hablan de fracasos y otros de éxitos, pero todos muestran la importancia del ejercicio de la medicina para la salud del hombre y prueban que para ser buen médico, no basta el conocimiento científico ni el juicio experimentado, es necesario además, un hondo sentido humano capaz de comprender al que sufre y, ante lo irremediable, hacerle menos cruel el dolor y menos traicionera la muerte.

* Trabajo leído por su autor en la sesión ordinaria del 1o. de abril de 1964.

Estoy seguro que mis meditaciones y mis recuerdos son los mismos que los de cualquier otro médico que haya dedicado su tiempo a la curación de los enfermos y que peine canas como yo. Siento al leerlas plena identificación con todos los que practican un arte y una ciencia en los que Esculapio, nuestro mitológico padre, nos legó como escudo un bastón lleno de nudos, que simbolizan las dificultades con que hemos de enfrentarnos en la lucha contra el dolor.

Las vicisitudes profesionales que no se aprenden en la cátedra ni se encuentran en los libros de texto son las que se van a leer aquí. Al través de ellas podrá vislumbrarse lo que es nuestra tarea cuando se abandona la escuela, porque la realidad fecunda es mucho más compleja que la ciencia docta y fría que se escucha en las aulas; en ésta solo interviene el cerebro, en aquélla también el corazón.

En la brega que ha sido dura han quedado vellones en las espinas; estre-mecido constantemente el médico por la emoción acaba a su vez como paciente; la estadística muestra la frecuencia con que nuestro perenne actuar afectivo nos enferma el corazón. Quizá el profesional de mañana esté menos expuesto a estas tensiones, aunque no lo deseo; quizá este libro no tenga eco porque muestra una medicina que se va; nadie podría predecir con certidumbre cuáles serán las modalidades que el destino imponga a nuestro ejercicio.

II

La Humanidad se va desenvolviendo por la senda cultural a cuya vanguardia marcha el occidente; la medicina ha seguido los altibajos de las civilizaciones que han nacido, florecido y muerto en la bruma de los siglos. Muchos fracasos han maltrecho sus alas, pero también muchos éxitos le han permitido el vuelo conquistando laureles en el espacio azul. Mas ahora en todo se opera una sensible transformación; la ciencia, la filosofía y el arte se sacuden en sus cimientos y no podría nuestra actividad ser ajena a este despertar revolucionario; por eso sus teorías se hallan en revisión, los horizontes se amplían y sus relaciones con el vivir humano son cada día más íntimas; sus investigaciones llegan al prodigio. Mas al mismo tiempo, en lo que se refiere al acto puramente clínico, el desvío es trascendente y la mecanización, la especialidad, el trabajo en equipo y la socialización amenazan con deshumanizar nuestro ejercicio.

Surge de ahí una desorientación frente a los caminos que el médico del futuro deberá seguir, desorientación característica de nuestra época. A encontrar cuál es la correcta ruta debemos aportar nuestro saber y nuestra experiencia los profesionales que vamos llegando a la hora del crepúsculo.

En los países socialistas la medicina ha pasado a ser una obligación no de conciencia personal sino de mando estatal; esto nos parece inadmisibile para un médico formado conforme a los principios hipocráticos. Ningún compañero

mexicano aceptaría ser regido en su ejercicio por leyes, circulares y decretos, sujetándose estrictamente a todo aquello que emane de las autoridades de sanidad. Pensamos que la conducta frente al enfermo deberá regirse por los principios de nuestra ciencia y por las normas éticas de nuestra profesión, sintiendo que nuestra obligación es hacer el mayor beneficio, al margen, si es preciso, de la exigencia de las autoridades y de los castigos de nuestra desobediencia nos acarree. En la actividad médica el paciente seguirá siendo más importante que los mandatos estatales y nos parece un tanto desagradable lo que afirma Pondev en su libro sobre la medicina en la Unión Soviética: "todo médico, desde que es aun estudiante, debe ser preparado para comprender que toda su actividad ha de llevarse a cabo con incondicional subordinación de sus intereses personales a los del Estado."

Nuestra conducta marcha más bien acorde con las exigencias sociales, que por lo demás son bastante severas, siendo distintas de las de otras profesiones, pues la gente gusta de imaginar al médico como hombre de estudio y de trabajo, serio y conecedor. Además nos pide ser bondadosos y cordiales, tener sangre fría a toda prueba y palabra estimulante; hasta nuestra presentación se discute, pues causa desagrado el no advertir la pulcritud que se nos supone y es muy mal visto que nos gusten las copas, el fumar o el pasear en clubes nocturnos. Se nos quiere perfectos.

Y es que en la medicina se vuelve obligación lo que en la vida es virtud; todos creen natural que seamos generosos, desprendidos, sacrificados, y se nos concede inclusive un toque de santidad pues se conoce bien que no hay otra actividad que se preste tanto a hacer el bien como la nuestra.

Por eso la tendencia socializante, que no toma en cuenta estos valores morales, hace descender la jerarquía del médico y lo suma a los trabajadores de cualquier otro ramo, pretextando que es con el objeto de obtenerle una mejor posición económica.

Somos, claro está, hombres con iguales necesidades, con las mismas urgencias y similares preocupaciones que los demás y necesitamos unirnos para defender nuestros derechos especialmente si estamos vinculados a una relación obrero-patronal. Todas las ventajas del campo laboral deberán ser nuestras: justas prestaciones, normal jornada de trabajo, salario decoroso, pago de horas extras, compensación por horario nocturno, vacaciones, antigüedad, protección contra la enfermedad, la invalidez, etc., etc.

Sin embargo, declaro enfáticamente que ésto no debe hacernos perder el punto de vista tradicional; nuestro destino tiene una categoría superior a los reclamos puramente monetarios sin que ello implique el desconocer el carácter apremiante de ellos. La organización futura de nuestro ejercicio profesional debe conservar las características altamente morales de la medicina hipocrática y de hecho, ese es el objeto de sistemas como el del "médico familiar" en el Se-

guro Social, orientados según los lineamientos deontológicos tan caros a nuestra actividad.

El médico es apóstol en la medida que labora apasionadamente, aguijoneado por su deseo de curar; su tarea es acorde con este rango, ya que lo más valioso que el hombre posee, la vida, constituye el material con el que trabaja. Por eso, como heraldo de esperanza está siempre rodeado de cariño y respeto y en ocasiones de veneración. ¿Qué otra actividad humana puede tener más alta estima y más valiosa recompensa?

El abogado defiende el patrimonio y el honor de las gentes, el sacerdote eleva las almas de los fieles, y nosotros, a un mismo tiempo nos ocupamos del espíritu y de la carne de fieles y de ateos, pues ninguna curación del cuerpo puede llevarse al cabo sin el concurso del alma.

Esta es la mística que debe acompañar a todo médico, trabaje para el Estado o para su clientela privada, pues para ser un buen burócrata no hace falta vocación y la tarea administrativa por su propia naturaleza admite horario; pero como la enfermedad y la muerte llegan en cualquier momento, el médico debe estar siempre dispuesto a abandonar el sueño, suspender la comida y cortar la diversión para atender el llamado angustioso y la imperativa queja. Sólo una plena conciencia de su elevada misión puede obligarlo a esa conducta de continuo servicio; tenemos un destino privilegiado aunque duro de cumplir, que nos hace moralmente superiores: ¿a qué empeñarse entonces en rebajar nuestra jerarquía profesional para igualarla al simple quehacer de la afanadora o del chofer de la ambulancia?

III

El cambio de nuestros objetivos de la enfermedad a la salud, ha abierto vastos horizontes a nuestra actividad, pues no admitimos con San Agustín que nacer en este cuerpo mortal es comenzar a estar enfermo, pues somos testigos de que la salud es patrimonio de muchos hombres y mujeres, especialmente jóvenes, que ignoran su cuerpo y sus funciones porque jamás los han molestado; es don que brota de la herencia, de la conducta moderada, del trabajo y del deporte; la ve uno en los estadios, en los gimnasios y en las piscinas, siendo a menudo factor importante de una cordial convivencia.

Nuestra ambición es ahora no sólo salud física sino equilibrio mental, y todavía más allá, comodidad social. Por eso nos hacemos eco de la definición enunciada por la Organización de las Naciones Unidas: "estado de bienestar físico, psíquico y social, al cual tienen derecho todos los hombres".

Hacia ese objetivo vamos por tres caminos complementarios: el clásico o sea la medicina terapéutica, el que se anticipa a la enfermedad suprimiendo sus causas o sea la medicina preventiva y el de la rehabilitación, que devuelve

al paciente la estabilidad indispensable para adaptarse al ambiente social. A la medicina no le basta ya luchar contra la enfermedad y la muerte, aspira a crear en el ser humano la alegría de vivir.

Por eso, no sólo devolvemos la salud a un individuo que está enfermo, sino consolamos al que sufre, orientamos la educación de las criaturas y regulamos el trato a los viejos; hacemos dormir al insomne, rehabilitamos a los inválidos y humanizamos nuestra actitud frente a los locos. Enderezamos no sólo los huesos de un paciente fracturado, sino el espíritu torcido de un neurótico, la pena de una novia o la desesperanza de una viuda atormentada. Sabemos devolver la paz a los angustiados y por sobre todas las cosas, sedamos el dolor.

IV

He llegado así al final que ha soñado mi espíritu para la tragedia apasionante de mi profesión; son sus normas los moldes que han configurado mi ser, y es la doctrina del amor la que ha regido mis actos. El valor de un individuo, yo creo que se mide por su capacidad de amar, por eso el Hombre que más amó, Jesucristo, ha sido el de más alto rango en el linaje humano; abrió los brazos y toda la humanidad le cupo en ellos.

En el ocaso de mi existencia sigo siendo fiel al arte de Asklepios; sus principios han arraigado tan hondamente en mi ser que mi conducta no podría sustraerse a sus normas. Si volviera a nacer sería otra vez su discípulo, y mi satisfacción más grande sería heredar a un hijo médico los frutos a veces amargos y más rara vez dulces de mi experiencia profesional.